

# De dulces de miel, bombillas gigantes y alucinógenos

Susana Blas Brunel

Cuando Mabi colgó este verano un carrusel de lana blanca en el Centro Cultural de España en Costa Rica nadie podía resistirse a alargar la mano y tocarlo. De este impulso castrado, surgió la idea de realizar una de las fotos que ahora podemos contemplar: *La musa malentendida*, un deseo hecho imagen, en el que los dedos de la artista teñidos de carmín, se despliegan para rozar la lana suspendida, en un gesto congelado, casi de ensueño.

También recuerdo ahora las enormes bolas de lana, orondas, rotundas, siempre colgantes e inaccesibles que ha mostrado en otras ocasiones, con un sensual orificio en el centro, por el que acceder al mundo interior de secreciones y fluidos; y aquellas garras de animal, del tamaño de unas zapatillas, que nos susurraban: ¡pruébame!; o la glamurosa alfombra fabricada con plumas negras de avestruz que sirvió de abrigo a una esquina del interior del museo Guggenheim.

El efecto sinestésico es habitual tras la contemplación de la obra de Mabi Revuelta que construye una escultura singular por su variedad de materiales y conceptos, en su afán por confundir los sentidos, aunque el tacto y sus contradicciones gane muchas veces la partida: “la experiencia de lo táctil revela sensaciones y es detonante del deseo” escribe en uno de sus escritos.

Muchas de sus obras nos obligan a transgredir la frontera de la piel para entrar en el cuerpo por alguna grieta, y sobre este asunto también ella misma ha teorizado: “Desde el contacto y exploración de la piel del otro nos aproximamos al mundo de los pozos de entrada y salida de la material orgánica: recipientes que contienen sustancias para la gula y la lujuria, en dosis concentradas; ilusiones del cuerpo, orificios del deseo y además, vasos comunicantes del gusto y el olfato (...)”. *Anatomía del Amor*.

Pero si el tema epidérmico y los líquidos del cuerpo continúan estando en su imaginario, la idea del deseo efímero y volátil que se hace realidad, es clave en sus últimos trabajos. Puede que la puerta de acceso para llegar a su obra sea entender que todo su universo es objeto de un dulce encantamiento, y que nos hallamos bajo los efectos de algo parecido al láudano, que no adormece la boca, tal y como nos muestra en la lengua roja que presenta en *Flor de Opio*; y conocer que su libro de cabecera es *Alicia en el País de las Maravillas* y en general toda la obra de Carroll, de la que ella es continuadora en textos como la farsa para guiñol: *Mr. Pillow Boy*.

Cuando entremos en la sala y paseemos entre el busto cerámico que se expande por el suelo en 51 perlas negras, los pezones incrustados en la pared, las fotos del sillón rojo en ese inquietante pasillo de un edificio neoyorkino o la cabeza con collar de lana, sabremos que cada una de estas piezas son los deseos cristalizados de una fábula o los restos de un sueño de adormidera.

Mabi utiliza el recurso de dotar a sus esculturas de una enorme rotundidad formal, y a sus videos y fotografías de una buscada definición, para luego hablarnos de contenidos etéreos, de atmósferas intangibles, y esta paradoja entre la precisión formal y el gusto por lo que se desvanece y se transforma, genera en nosotros una sensación peculiar que a veces nos incita a alargar la mano y comprobar si aquello que vemos existe de verdad.

De niña, a la artista le gustaba arrojar al suelo el termómetro para ver el mercurio en su infinita división en perlititas, tal y como ahora nos presenta en su pieza *Pearls*, en la que ha conseguido petrificar un fluido: la idea de un personaje haciéndose o desintegrándose en mercurio me gustó. La cualidad de lo inaprensible está presente en este metal.

Mabi Revuelta obra el hechizo de materializar una evocación; consigue agrandar lo diminuto, hacer material lo inmaterial, moldeable lo duro. Un aire pesado y somnoliento recorre su universo. Su intento es el de cosificar los sueños, pero intuyo que sólo por un rato, mientras dure el encantamiento.

